

Murió un domingo, un hermoso atardecer en que, allá arriba, había tanta luz aún como en pleno día. Filicó había llevado sus hijos a ver al «abuelo» y «Manuza» los suyos. Murió entre aquellos chiquillos, mientras bromeaba con ellos —como un chiquillo más—, disfrazado con un pañuelo rojo sobre los cabellos lanosos.

Los tres acudieron a levantarlo del suelo cuando le vieron caer de repente, mientras reía y hacía reír tanto a los niños.

¿Muerto?

Apartaron a los chiquillos; los hicieron retirar con las mujeres. Y le lloraron, le lloraron, arrodillados los tres junto al cadáver, y rogaron a Dios por él y también por ellos. Luego le enterraron en la cueva.

Durante toda la vida, si alguien por casualidad nombraba delante de ellos a Guarnotta y su misteriosa desaparición:

—¡Un santo!—decían—¡Oh! ¡Ese se ha ido con zapatos y todo al cielo!

Porque el purgatorio, bien lo había pasado en este mundo, por culpa de ellos.

INDICE

	Págs.
PORTADA.	3
De cómo Cirinció olvidóse por un momento, que era él.	5
El café nocturno.	20
De la nariz al cielo.	32
Las tres.	55
La pensión vitalicia.	68
Ayer y hoy.	116
Como gemelas.	151
Hilito de aire.	145
Un matrimonio ideal.	156
El marido de mi mujer.	169
La sombra del remordimiento.	179
El cuervo de Mizzaro.	202
El frac estrecho.	210
El jardincillo.	254
El secuestro.	248

